

DOMINGO 22 DEL TIEMPO ORDINARIO: *«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga» —Mt 16, 24*

Las lecturas de este domingo forman una unidad articulada en torno a una única pregunta que ningún seguidor de Jesús puede eludir: **¿qué significa realmente cargar con la cruz?** La respuesta que ofrecen las lecturas es a la vez exigente y liberadora: la cruz no es el sufrimiento arbitrario ni la mortificación por sí misma, sino el costo inevitable de una vida entregada a los demás siguiendo los pasos de Jesús. Las lecturas se articulan en cuatro movimientos:

- **Jr 20, 7-9** → Paradigma profético: Jeremías, seducido por Dios y traicionado por la dureza de su misión, quiere abandonar. Pero la Palabra de Dios es «fuego ardiente» en sus entrañas que no puede contener. El profeta fiel paga un precio real y no puede no pagarlo.
- **Sal 62** → Eco orante: «Mi alma está sedienta de ti, Señor». En medio de la angustia, el salmista mantiene la confianza: «fuiste mi auxilio y tu diestra me sostiene». La oración como sostén en la prueba vocacional.
- **Rom 12, 1-2** → Clave litúrgica y ética: el culto verdadero no son los ritos externos sino la ofrenda vital de la propia existencia. «No os ajustéis a este mundo». La renovación interior como forma de discernir la voluntad de Dios y no pensar «como los hombres».
- **Mt 16, 21-27** → Cumplimiento narrativo: Jesús anuncia su pasión → Pedro lo increpa → Jesús lo reprende duramente («Satanás») → invitación a todos a negarse a sí mismos, cargar la cruz y seguirle → paradoja de la vida perdida y encontrada.

El hilo conductor es el contraste entre dos maneras de pensar: «como los hombres» — éxito, poder, evitar el sufrimiento, aferrarse a la propia vida — y «como Dios» — entrega, servicio, fecundidad a través de la pérdida, vida encontrada por haberla dado.

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La crisis vocacional del profeta fiel (Jeremías) Las «confesiones de Jeremías» son documentos únicos en la Biblia: la queja directa y sin filtros de un profeta a Dios. «Me sedujiste, Señor» — me engañaste — porque la misión que me diste me trajo solo persecución, burla y soledad. La tentación de callar es real y comprensible. Pero la Palabra de Dios se ha vuelto «fuego ardiente» en sus entrañas: no puede no pronunciarla. Este dinamismo interior que vence al miedo y al desaliento es el verdadero sostén de toda vocación auténtica. No el éxito ni el reconocimiento, sino la imposibilidad de traicionar lo que uno lleva dentro.

2. El culto verdadero: la vida ofrecida (Romanos 12) Pablo realiza una revolución litúrgica: el culto auténtico a Dios no son los ritos externos sino la ofrenda de la propia vida — «vuestros cuerpos como víctima viva, santa». Esta es «la liturgia razonable». La vida cristiana entera es un acto de culto. Y la condición para ese culto es la no conformidad con «este mundo» — es decir, con la lógica del poder, el consumo, la autosuficiencia — y la renovación interior que permite discernir la voluntad de Dios. Pensar «como Dios» y no «como los hombres» empieza por esta transformación interior.

3. Pedro como espejo: la tentación del mesianismo sin cruz La escena de Pedro que increpa a Jesús es uno de los momentos más reveladores del evangelio. Pedro acaba de confesar a Jesús como Mesías e Hijo de Dios — y un momento después se convierte en obstáculo en su camino. La transición es fulminante y realista: el mismo Pedro que recibió la revelación del Padre es capaz de hablar «como Satanás» cuando deja de pensar «como Dios». El error de Pedro no es la maldad sino la lógica del éxito: no puede imaginar un Mesías que fracase. Esta es la tentación permanente de la Iglesia y de cada creyente.

4. «Quítate de mi vista, Satanás»: la dureza de la respuesta de Jesús La respuesta de Jesús a Pedro es una de las más duras del evangelio. No es un reproche afectuoso: es una confrontación radical. «Eres un escándalo para mí» — literalmente una piedra de tropiezo, exactamente lo contrario de la «piedra» sobre la que Jesús quería edificar su Iglesia. Pero el matiz es decisivo: Jesús no dice «ponte fuera» sino «ponte detrás de mí» — ese es tu lugar, el del discípulo que sigue, no el del consejero que dirige. La corrección es una llamada a la conversión, no una expulsión.

5. La cruz: no el sufrimiento buscado sino el costo del seguimiento Los textos complementarios ofrecen una clarificación fundamental sobre el sentido de «cargar la cruz». No es el sufrimiento arbitrario, la mortificación por sí misma

ni el masoquismo espiritual. La cruz es el sufrimiento que llega como consecuencia inevitable de seguir fielmente a Jesús: el rechazo, el conflicto con los poderes, la inseguridad, la pérdida de ventajas que se derivaría de no seguirle. Hay un sufrimiento — quizá el 90% — que se genera por el propio pecado o la manera equivocada de vivir, y que Jesús no llama «cruz» sino que nos invita a eliminar. Solo el sufrimiento por fidelidad al Evangelio merece ese nombre.

6. La paradoja de la vida perdida y encontrada El dicho de Jesús — «quien quiera salvar su vida la perderá; quien la pierda por mí, la encontrará» — es el más repetido de los evangelios: aparece seis veces en distintos contextos. No es una enseñanza religiosa estrecha: es una afirmación sobre la estructura más profunda de la existencia humana. Aferrarse a la propia vida, hacer del propio yo el centro absoluto, conduce a la pérdida. Darse, arriesgarse por los demás, vivir abiertos al proyecto humanizador de Dios — conduce a la plenitud. La lógica del don contra la lógica de la posesión.

Clarificación pastoral: ¿Qué es realmente la cruz? ¿Qué significa negarse a sí mismo? ¿Cómo fue la actitud de Jesús ante el sufrimiento? ¿Cuál es la diferencia entre el sufrimiento fecundo y el sufrimiento generado por el propio pecado o el masoquismo espiritual?

La distribución forma un movimiento que va de la fidelidad costosa del profeta (Jeremías) → a la ofrenda vital como culto (Pablo) → al choque entre la lógica humana y la lógica de Dios (Mateo) → a la clarificación del verdadero sentido de la cruz (textos complementarios). Todo converge en una sola invitación: vivir no para salvarse la vida sino para darla.

La cruz no es lo que nos hace sufrir en general. La cruz es el precio específico de seguir a Jesús: el rechazo que viene por decir la verdad, la pérdida que viene por elegir a los demás, la inseguridad que viene por no aferrarse a las propias ventajas. Jeremías lo vivió. Jesús lo vivió. Y nos llama a lo mismo, no para hacernos sufrir sino porque es el único camino hacia la vida plena. «Quien quiera salvar su vida la perderá; quien la pierda por mí, la encontrará.» No es una amenaza: es la descripción más honesta de cómo funciona la existencia humana cuando se vive desde el amor.

A nivel personal: ¿cuál es la cruz que Jesús me pide cargar — no el sufrimiento en general, no las consecuencias de mis propios errores, sino el costo específico de seguirle a Él en mi situación concreta? ¿Estoy dispuesto a pagar ese precio o busco un «cristianismo a la carta» que tome los consuelos del Evangelio y evite sus exigencias?

A nivel comunitario: ¿piensa nuestra comunidad «como Dios» o «como los hombres»? ¿Buscamos el éxito visible, el reconocimiento social, la comodidad institucional — o estamos dispuestos a asumir el conflicto y el riesgo que viene de un seguimiento auténtico de Jesús? La Iglesia que solo quiere estar en el Tabor — en los momentos de gloria — y no en el Calvario reproduce exactamente la actitud de Pedro.

A nivel profético: el texto complementario conecta la paradoja de «perder la vida para salvarla» con la situación global: una humanidad que se aferra a su bienestar mientras millones quedan excluidos, que busca «salvar su nivel de vida» cerrando las fronteras a los hambrientos. La lógica del Evangelio es una crítica directa a ese modelo: el mundo solo se salva si aprendemos a perder.

Jeremías tenía veinte años cuando Dios lo llamó. Y desde el primer momento supo que la misión no sería fácil. Tuvo que anunciar verdades que nadie quería oír, enfrentarse a gobernantes y sacerdotes, soportar la burla y la persecución. Y llegó el momento en que ya no pudo más.

Lo que escuchamos hoy es su queja más cruda, dirigida directamente a Dios: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; fuiste más fuerte que yo y me venciste». En otras palabras: me engañaste. Me prometiste una misión y me diste un calvario. «La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí».

La tentación de callarse fue real: «Me dije: no me acordaré más de él, no hablaré más en su nombre». Pero entonces sucede algo que solo puede describirse con una imagen de fuego:

«Había en mis entrañas algo así como fuego ardiente, aprisionado en mis huesos. Intentaba contenerlo, y no podía».

Eso es la vocación auténtica: algo que no se puede contener aunque cueste, que arde por dentro aunque duela por fuera. Jeremías no siguió porque le resultara fácil. Siguió porque no podía no seguir.

Pablo, desde Romanos, añade la clave que hace posible esa fidelidad: el culto verdadero no es el rito externo sino la ofrenda de la propia vida. «Ofreceos a vosotros mismos como víctima viva, santa, agradable a Dios: ese es vuestro culto razonable». Y la condición es la renovación interior — «no os ajustéis a este mundo» — para poder discernir lo que Dios quiere y no dejarse arrastrar por la lógica del poder, el éxito y la comodidad.

Y entonces llega el momento más dramático del **evangelio**. Jesús acaba de recibir la más bella confesión de fe de Pedro. Y en el mismo aliento les anuncia lo que le espera en Jerusalén: sufrimiento, rechazo, muerte — y resurrección. Pedro no lo puede tolerar. Lo toma aparte y lo increpa:

«¡No lo permita Dios! ¡Eso no te puede pasar a ti!»

La intención es buena. El amor es real. Pero la lógica es humana — demasiado humana. Pedro quiere un Mesías victorioso, un Dios sin cruz, un seguimiento sin costo. Y Jesús le responde con las palabras más duras que salieron de su boca:

«Quítate de mi vista, Satanás. Eres un escándalo para mí, porque tú piensas como los hombres, no como Dios».

No es una expulsión: es una invitación a ponerse en su lugar correcto — detrás, como discípulo, no delante como consejero. Y luego Jesús se dirige a todos:

«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga».

La cruz no es el sufrimiento en general. No es la enfermedad que nos toca, ni el conflicto que generamos nosotros mismos, ni la mortificación buscada por sí misma. La cruz es el precio específico de seguir a Jesús: lo que perdemos por decir la verdad, el rechazo que viene por defender a los excluidos, la inseguridad que viene por no aferrarnos a nuestras ventajas. Eso es lo que Jesús llama «su cruz». Y lo que nos pide no es que la busquemos — sino que no la evitemos cuando llega por haberle seguido.

Y luego viene la paradoja más profunda que Jesús pronunció jamás — repetida seis veces en los cuatro evangelios:

«El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí la encontrará».

No es una enseñanza religiosa estrecha. Es la descripción más honesta de cómo funciona la existencia humana. Aferrarse a la propia vida, hacer del yo el centro absoluto de todo, conduce paradójicamente a la pérdida. Darse, arriesgar, vivir abiertos a los demás y al proyecto de Dios — conduce a la plenitud. No porque el sufrimiento sea bueno en sí, sino porque el amor es la única forma de vida que no se pierde.

Jeremías lo descubrió con el fuego en las entrañas. Jesús lo vivió hasta la cruz y la resurrección. Y nos llama a nosotros a lo mismo: a no buscar un «cristianismo a la carta», sino a seguirle de verdad, con el costo que eso implica, con la certeza de que quien da la vida no la pierde sino que la encuentra.

Ahora... qué haremos

1

Discernir la propia cruz: distinguir el sufrimiento fecundo del sufrimiento inútil

No todo sufrimiento es «la cruz» que Jesús nos pide. Hay un sufrimiento generado por el propio pecado, la manera equivocada de vivir o el masoquismo espiritual — que no es evangélico y hay que eliminar. La cruz es el costo específico de seguir a Jesús en la propia situación: el rechazo por decir la verdad, la pérdida por elegir a los demás, la inseguridad por no aferrarse a las propias ventajas. Proponer en la comunidad un ejercicio de discernimiento: ¿cuál es mi cruz concreta en este momento?

2

Examinar si pensamos «como Dios» o «como los hombres» en las decisiones pastorales

El error de Pedro no fue la maldad sino la lógica equivocada: quería el éxito sin el costo. Esta tentación es permanente en la Iglesia institucional: buscar el reconocimiento social, evitar el conflicto, priorizar la imagen sobre la verdad. Proponer en los equipos pastorales un discernimiento honesto sobre qué decisiones se toman «como los hombres» y cuáles «como Dios»: ¿qué evitamos por miedo al costo que debería estar presente en nuestro seguimiento?

3

Recuperar el profetismo como dimensión esencial de la vida cristiana

Jeremías es el modelo del profeta que no puede callar aunque cueste. Toda comunidad cristiana tiene una dimensión profética — la capacidad de decir lo que la sociedad no quiere oír, de defender a los excluidos aunque incomode, de denunciar las injusticias aunque cueste el prestigio. Proponer en la comunidad momentos de revisión: ¿tenemos algo que decir proféticamente en nuestro contexto? ¿Lo decimos o callamos por comodidad?

4

Ofrecer la propia vida como culto: conectar liturgia y vida cotidiana

Pablo afirma que el culto verdadero es la ofrenda de la propia existencia. Esto implica una conexión real entre la celebración eucarística y la vida de la semana. Proponer en la comunidad un examen de coherencia: ¿qué ofrece cada uno en la Eucaristía que no sea solo presencia física? ¿Hay alguna decisión concreta de la semana que se pueda ofrecer como expresión de seguimiento? ¿Nuestra vida de lunes a sábado es un acto de culto o una contradicción del domingo?

5

Aprender de Jesús la actitud ante el sufrimiento: solidaria, no victimista

Jesús no hizo del sufrimiento el centro de su vida ni adoptó actitudes victimistas. Vivió cada momento acogiendo la vida que venía del Padre, atento al sufrimiento de los demás antes que al propio, confiando en el Padre incluso en la angustia. Proponer en la pastoral una espiritualidad del sufrimiento que evite tanto el estoicismo frío como el victimismo paralizante: asumir el propio dolor con dignidad, luchar contra el sufrimiento ajeno con pasión, y confiar en el Padre que puede transformar todo.

6

Vivir la paradoja: dar la vida para encontrarla — una ética global del don

La paradoja de «perder la vida para salvarla» tiene dimensiones personales, comunitarias y globales. A nivel personal: elegir el servicio sobre el provecho propio. A nivel comunitario: gastar recursos en los que están fuera, no solo en los de adentro. A nivel global: cuestionar una lógica económica y política que «salva» el propio bienestar a costa de millones de excluidos. Proponer en la comunidad acciones concretas de solidaridad que sean expresión de esta lógica del don: lo que se da no se pierde, se multiplica.